

Presentación de *Fiesta de solitarios*

Por Alicia Ortega

Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 28 de abril de 1999

Esta noche recibimos con enorme entusiasmo la tercera reedición del libro de cuentos, *Fiesta de solitarios*, del escritor Raúl Vallejo. *Fiesta de solitarios* mereció el Premio Nacional de Cuento “70 años del Diario El Universo, en 1991; y el Premio Nacional “Joaquín Gallegos Lara”, al mejor libro de cuentos publicado en 1992.

Raúl Vallejo construye sus relatos desde una mirada que da cuenta de un espacio marginal y desolado, en el que sus personajes aparecen envueltos en una desesperada búsqueda de la felicidad en un mundo donde en lugar de la tolerancia solo hay hipocresía. La riqueza de estos textos radica en el hecho de que ciertos valores del mundo de la periferia no son asumidos meramente como ejes temáticos, sino que el universo narrativo aparece construido desde el interior mismo de ese mundo marginal y usando sus propios valores como marco referencial.

Carlos Monsiváis sostiene que nuestras ciudades están construidas alrededor de rigurosos y sistemáticos mecanismos de inclusión y exclusión, que marginan a todos aquellos grupos que no corresponden a la norma social, racial y cultural establecida. Así en toda ciudad se erigen zonas periféricas donde se congregan los habitantes de la pobreza y la miseria, los disidentes religiosos y políticos, los minusválidos, los enfermos, las mujeres, los viejos, las razas no blancas y, lo que es de especial interés para el caso de nuestra lectura, los homosexuales y toda esa “tribu de los obvios” compuesta de afeminados pobres, prostitutas, travestis.

Precisamente, los cuentos de Vallejo exploran esa difícil y ambigua zona de los amores marginales, de los seres atormentados, de los rostros enigmáticos, de las criaturas engendradas en la noche y condenadas a perderse en el laberinto urbano de la transgresión, las coartadas y las máscaras. Son dos las ciudades de estos cuentos: Guayaquil y Quito, ambas miradas desde los avatares de sus noches y de su cotidianidad impura, oculta, secreta y opaca.

El protagonista del cuento “Los paseos alucinados del profesor Reina” —un viejo solterón y solitario, que va al cine todos los viernes para buscar la gratificación de una compañía joven y masculina— insiste en la “búsqueda de seres y cosas bellas”, como “una ilusión tonta que me compensa de las arrugas, la calva y la boca sin dientes que cada mañana me devuelve el espejo [...] solo deseo mirar aquello que fui”. Sin embargo, dolorosamente tiene plena conciencia de la imposibilidad de alcanzar la belleza y la ternura que tanto busca desde su soledad y exclusión “Los viejos somos una carga difícil de llevar, por eso vivo solo y encerrado entre mis libros”.

Este cuento pone de manifiesto la indolencia de la ciudad con los seres que, aunque suyos, ya no forman parte de la máquina productiva de la urbe. “Al salir a la calle, respiro una ciudad que no es amable con las personas que la habitan pero trato de

hacerla mía aceptando el sol que parece derretir el asfalto, los ruidos de los carros que pitan desesperados para abrirse paso, la crónica roja que gritan alarmantes los voceadores de periódicos, la pestilencia de los chifas repletos de parejas que rompen sus rutinas comiendo afuera y barato. Para esta ciudad dominada por la vehemencia de los jóvenes ejecutivos, un anciano deambulando con paso lerdo por las calles es un estorbo, pero también es el escrúpulo que les recuerda, a los apurados caminantes, su destino.”

El protagonista visualiza las calles como un enorme retablo de esculturas que son movidas armoniosamente por Dios. Sin embargo, esa armonía, siempre desplazada, responde únicamente al deseo siempre insatisfecho y a una ingrata búsqueda que no concluye jamás porque la belleza y la ternura perseguidas se vuelven inasibles.

Sabemos que los homosexuales permanentemente han sido objeto de exclusión, de golpizas y asesinatos; desterrados de sus lugares originales y exhibidos; son siempre lo de afuera, lo marginal repudiado, lo inhabilitado para la pertenencia y la tolerancia. El cuento “Cristina envuelto por la noche” expone, de entrada, a los ojos del lector el cadáver abandonado de una mujer. Cristina es un hermoso travesti que anhela ser una muchacha viril en un juego de correspondencias amorosas equívocas.

La narración se estructura en una suerte de contrapunto entre la historia que narra el encuentro del travesti con el hombre que lo mataría al descubrir su naturaleza ambigua y una voz que le devuelve el sentido de la imagen de su cuerpo desnudo frente al espejo. “Pertenece —dice el texto— a esa raza que sobrevive entre la repugnancia y la curiosidad, entre el respeto a la norma y el placer por lo distinto. [...] arriésgate a desafiar a una ciudad que teme al reino de lo ambiguo porque su certeza sobre la vida no resiste la menor duda.”

Esa es la voz en la que Cristina se reconoce frente a la soledad y la certeza de su cuerpo desnudo. Esa voz devela también los miedos de una ciudad “que no perdona a quienes ponen en evidencia sus dudas.” El estudioso Jesús Martín-Barbero sostiene que los miedos se han convertido en clave constitutiva de los nuevos modos de habitar y de comunicar en el entorno urbano contemporáneo, ellos aparecen como expresión de una profunda angustia que experimenta el habitante de la ciudad frente a los cambios operados en el entorno familiar como consecuencia de un urbanismo salvaje. También es necesario relacionar esos miedos con la presencia del *otro* en el espacio vital y cotidiano de nuestras rutinas ciudadanas, es el *otro* que invade para apropiarse e instalarse en los territorios en principio percibidos como nuestros. Esa invasión que hace visible la presencia marginal en el cuerpo mismo de la ciudad permite entender la dinámica urbana como un proceso de mezclas que descoloca las fronteras y contamina los espacios de los diferentes territorios sociales con las voces y los cuerpos de los otros.

El cuento “La noche por partida doble” se sitúa en la zona roja y central de Guayaquil, esas calles en las que vagabundean travestis y *pirovas* (homosexuales no vestidos como mujeres) y buscones motorizados, esos señores de la ciudad que asumen una vida prohibida en las noches de búsquedas y ocultamientos. Las historias de los dos personajes (la el muchacho que ejerce la prostitución homosexual y la del viejo rico y solitario después de la muerte de su hijo y el abandono de su mujer) se encuentran en un motivo común: la soledad radical. De alguna manera los dos personajes se constituyen en el contexto familiar y social como seres marginales y aislados.

El hombre lleva al joven a su departamento para hablarle de su hijo muerto. En el transcurso de la conversación las identidades se desplazan y el *pirova* asume el rol del hijo que escucha al padre en el afán de recuperar las distancias y el afecto. “En ambos existe, impúdica, esa sensación de estar perdido en un barrio apartado de una ciudad desconocida y es como si la gente ya no tuviera tiempo para escuchar a la gente.”

En esta ciudad solo es posible la comunicación de sus habitantes con sus propios fantasmas, pues la dimensión y los avatares de la urbe posibilitan la metamorfosis de los cuerpos que la habitan según los recorridos de los espacios públicos a los espacios privados e íntimos. En las ciudades de los cuentos de Vallejo podemos hablar de cuerpos trashumantes, cuerpos proteicos y ambiguos, pues la identidad del sujeto está permanentemente negociada en una relación variable del cuerpo y del espacio. En este sentido, se hace necesario tener varias envolturas, varias máscaras que se adaptan a los lugares y circunstancias del día y de la noche. A través de esta trama de interacción del individuo con su entorno, se manifiesta un cuerpo visible y un cuerpo oculto. Este desdoblamiento corresponde a una duplicidad de la ciudad que reserva zonas diversas según los modos de corporeidad.

El cuento “Te escribiré de París” representa una ciudad en la que sus habitantes se mueven en un permanente juego de ocultamientos y de máscaras, pues en ella hay seres que, como Roberto —el ejecutivo que se involucrará en una relación tormentosa y apasionada con Nathalie, el travesti— asumen en el día un rostro que se desvanece en la noche para seguir las pulsiones de sus propios cuerpos.

Los personajes del cuento se encuentran lanzados, en el deseo de libertad, a la búsqueda de la belleza equívoca en un paraíso inexistente, que solo ofrece un laberinto infernal en que los seres de la ciudad se pierden, en medio del placer y el sufrimiento. Esta misma ciudad se exhibe punitiva, condenatoria y violenta, pues está hecha también de “los jóvenes de que putas y putos a la Mariscal”, esos “luchadores contra el vicio” que golpean y matan a travestis y prostitutas en la hazaña higienizadora de la ciudad. Como afirma uno de los personajes de este mismo cuento “La intolerancia es padre y madre de todos los crímenes que se cometen en nombre de la moral.” En esta ciudad los protagonistas se pierden sin tener jamás la certidumbre de lo que buscan.

“Leña de soledad(es)” es un cuento que trabaja el tema del reencuentro, de la posibilidad, o acaso la imposibilidad, de recuperar esas escenas pequeñas, cotidianas y vitales pero que constituyen el espesor de la vida misma y la firmeza de los lazos humanos (la música, los libros compartidos, las cartas, los paseos y encuentros). Esa pareja que se reencuentra, cuando cada uno tiene de alguna manera su vida constituida al margen del otro, se pregunta “¿Qué vamos a hacer? [...] Nada. Ser felices”. Otra vez, pero desde una perspectiva diferente, quizá desde el azar como sugiere el texto, el inquietante afán de los personajes por alcanzar la felicidad.

La soledad es posiblemente, para algunos, una de las condiciones de la vida humana; sin embargo, es difícil y doloroso aceptarla. El cuento “Reestreno de Magdalena” plantea precisamente esa dificultad de los seres en soportar la soledad que se traduce, en la vida cotidiana, en tedio e insatisfacción, en el instante en que dos seres entran en el desgaste de la rutina: Magdalena piensa: “Quiero, por una vez en mi vida, soportar la soledad”, “aprender a soportar las separaciones”. Esta reflexión sobre el

amor de pareja, las soledades y la rutina doméstica también está recreada en el cuento “Diálogo breve del amor menor”. En esta narración los protagonistas, luego de reclamar el abandono y la soledad en la que se percibe cada uno, se confiesan sus mutuas infidelidades. “De pronto se miran como si fuesen dos desconocidos perdidos por una calle solitaria en la noche; pero, en seguida, son ellos dos de nuevo.” El diálogo cobijado por la complicidad de la noche intuye con terror la ruptura insuperable entre esos cuerpos que han dejado de acompañarse.

En definitiva, este libro de Raúl Vallejo es una verdadera fiesta de solitarios que se mueven en el inquietante afán por alcanzar la felicidad, en medio de una dolorosa e inalcanzable búsqueda de belleza y ternura, frente a una tradición cultural que niega la tolerancia y la solidaridad.